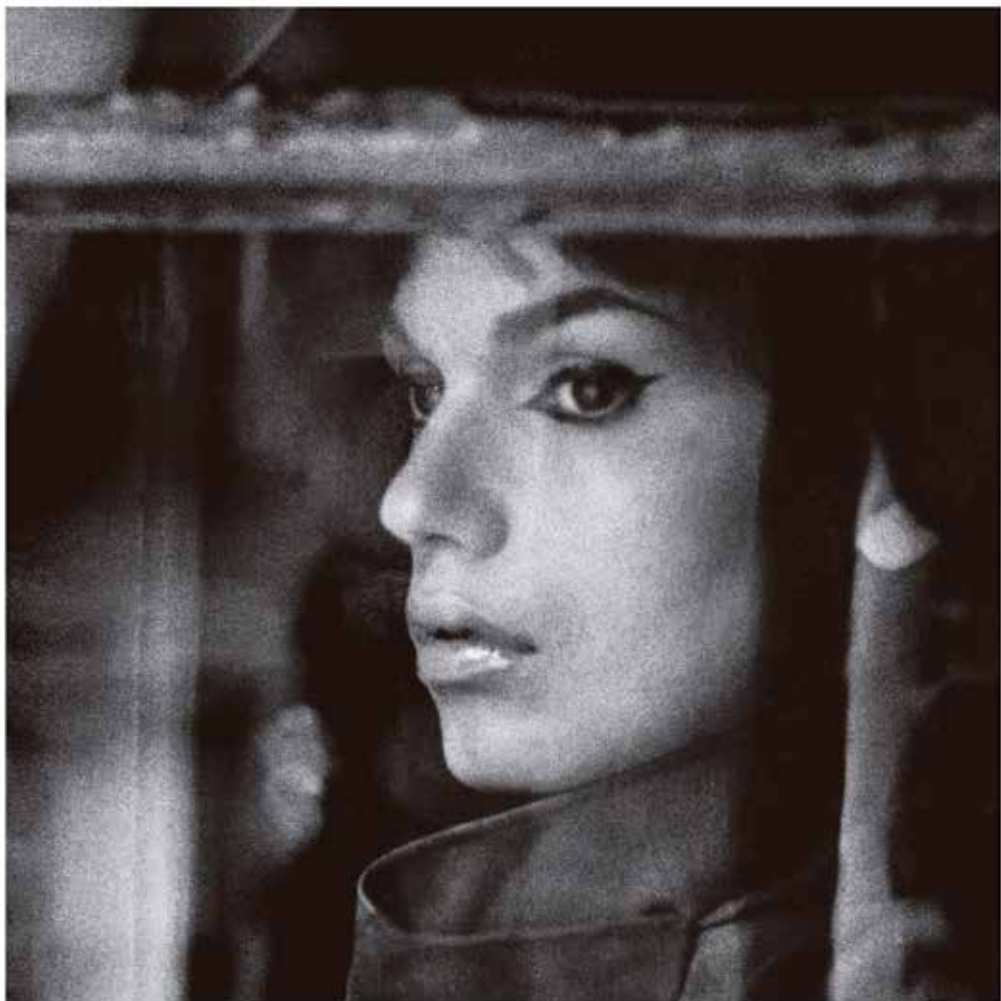




Nancy Huston
Te llamaré Francia

Traducción del francés de Vivian Lofiego



Galaxia Gutenberg

NANCY HUSTON

Te llamaré Francia

Traducción de
Vivian Lofiego

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *Francia*
Traducción del francés: Vivian Lofiego

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Nancy Huston, 2024
© de la traducción: Vivian Lofiego, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 10890-2025
ISBN: 979-13-87605-21-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jennifer Alleyn

El lugar ideal es aquel donde es más natural vivir como extranjero.

ITALO CALVINO

Poco a poco la mujer saca de sus alaridos una canción y ella, sola, se arrulla.

NICOLÁS BUENAVENTURA VIDAL

Ya verás, mi pequeño Momo, cuando seas grande, que hay marcas exteriores de respeto que no significan nada, como los cojones, que son un accidente de la naturaleza.

ROMAIN GARY

Prólogo

Mis personajes ya están ahí, en mi lugar de trabajo.

Han llegado antes que yo, han pasado el día y la noche dando vueltas, pero cuando aparezco hacen como que no me ven, como de costumbre. Mi heroína tiene la cabeza colmada de cosas importantes y no me presta la menor atención.

Siempre he tenido ganas de interactuar con mis personajes, pero ellos no han querido saber nada de mí. Lo intenté una vez, hace apenas un cuarto de siglo, en las primeras versiones de *La huella del ángel*, pero Saffie, Raphaël... ¿cómo era que se llamaba ese judío húngaro? Lo he olvidado, no es fácil recordar el nombre de todos los que uno inventa..., se negaron a hablarme e incluso a concederme la menor mirada, continuaron actuando como si yo no existiera y confieso que es un poco hiriente. No les pido que me agradezcan haberlos creado, por supuesto que no, los creo porque me divierte, pero, bueno, podrían al menos reconocer mi presencia de vez en cuando con una pequeña señal, un guiño, no sé... ¿No? ¿Es pedir demasiado? Pues sí. Es pedir demasiado.

Dios debe de tener a veces el mismo sentimiento. ¡Pero yo existo más que Dios! Entre otras cosas, porque tengo un cuerpo. Estas mujeres también tienen un cuerpo, pero el suyo está en mi cabeza. Por el momento puedo ver el suyo, pero no consigo que ellas vean el mío. Uf, es quizás mejor así, porque me sorprendería que me aprobaran. Visto que ellas dedican una enorme cantidad de atención y tiempo a su apariencia, me encontrarían descuidada, mal peinada, poco maquillada e insípi-

da: una tipa plana, común y corriente, que recorre el Bois de Boulogne con sus compañeros de la furgoneta Magdalena.

Además, ya no soy tan joven. (¿Y Dios es joven acaso? ¿eh? ¿Alguna vez se hicieron esta pregunta?). Pero bueno, si hay algo de lo que no soy responsable es de la fecha en la que, habiendo copulado sin condón, mis padres me concibieron. Me siento responsable de muchas cosas, me paso el tiempo dándole vueltas en mi cabeza a los acontecimientos negativos para tratar de entender dónde me equivoqué, de qué manera podría o debería haberlo hecho mejor..., pero la fecha de mi concepción supera incluso mis capacidades de culpabilización. Mi edad es inamovible. Por más que teóricamente me sea posible convertirme al judaísmo, adoptar la nacionalidad china o pagar a un cirujano para que me convierta en hombre, nací el día en que nací y no puedo hacer nada al respecto, salvo soñar.

Sueño mucho...

Vamos. No es para tanto todo esto. Que me ignoren si ese es su deseo.

András, se llamaba. El judío húngaro. O el húngaro judío, si lo prefieren. ¡Ah! (*Suspiro*). ¡Lo que daría por cruzármelo en la calle! Al verme sus ojos se encenderían, me tendería los brazos, me apretaría contra su cuerpo, me llevaría a su casa, me atraería a su cama... Es un amante maravilloso..., del tipo que tanto me falta en este momento. Era joven cuando lo inventé... Bueno, todo es relativo: yo tenía cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años y él treinta y cinco, si mal no recuerdo; como pasa el tiempo para mí y no para él, ahora ya tengo el doble de su edad. Si lo inventara hoy difícilmente podría hacerle vivir en la calle del Roi-de-Sicile, el Marais se ha vuelto demasiado elegante y caro para él, tendría que instalarlo como yo en las colinas al este de la capital, en los distritos XIX o XX. En fin. Aunque sigue atrapado en una novela publicada a finales del siglo pasado, todavía puedo utilizarlo. Puedo hacer con él lo que quiera. No es más que palabras, pero es bastante impresio-

nante, todavía me gusta. Me pregunto si podría tener una aventura con él sin que ustedes lo supieran. (Perdón).

Y aquí viene una pregunta delicada, sobre todo en nuestra época de corrección política: ¿con qué derecho me meto en la piel de un personaje que se me parece tan poco? *A priori*, ¿qué coño tengo que ver yo con las trabajadoras del sexo, trans, del Bois de Boulogne? Ciertamente son extranjeras como yo..., pero no del mismo tipo que yo: ellas son inmigrantes o refugiadas, es decir, extranjeras dotadas de una identidad, de un proyecto, de un problema, de un pasado, de un presente, de un negocio, yo no soy nada de eso, solo una suerte de *novelista* neurótica, sin fe ni ley ni raíz ni país, encaramada en el borde de la nada y, sin embargo, me permito meter mi nariz en todas partes. Husmeo, olfateo, espío, escucho tras las puertas, me entrometo permanentemente en lo que no me incumbe. Mis asuntos consisten precisamente en meter mi nariz en los asuntos de los demás.

Luego, mientras mi heroína es una católica creyente y practicante, yo soy una atea tranquila. Pero en este aspecto no tengo escrúpulos, porque creo en ella con el mismo fervor que ella en la Virgen María; hice una peregrinación a su ciudad natal como otros van a Jerusalén, Lourdes o Santiago de Compostela; me he convertido de alguna manera en su evangelista... Ahora bien, Mateo, Marcos, Lucas y Juan escribieron su versión de la historia de Jesús muchas décadas después de su muerte.

En cuanto a vivir en la cabeza de una hispanohablante cuando mi dominio del español es, digamos, vacilante..., ¿hablaba danés Shakespeare? Mi protagonista es bilingüe como yo, ella habla español y francés, yo inglés y francés; a través del prisma de nuestra común lengua de adopción ella debería poder contarme su infancia en Colombia y en principio yo podría también contarle la mía en Canadá, pero me sorprendería que eso le interesara.

Finalmente, si bien es cierto que no he practicado mucho el oficio de puta, nuestros oficios se parecen: día tras día debemos

dejar que nos penetren personas que no conocemos y, sin confundirnos con ellas, tratar de comprenderlas. En cierto modo, soy una puta del cerebro: mientras «rinda» (material para un libro), mi mente está dispuesta a ponerse en tándem con todo lo que pasa.

En fin, está decidido: esta vez voy a inmiscuirme en la historia, les guste o no a mis personajes. Voy a aparecer delante de ellos de vez en cuando, simplemente porque tengo ganas y porque a mi edad creo que no hay que negarse nada, pronto seré compost, mejor divertirme lo más posible mientras tanto, y poco importa lo que piense la galería. Probablemente ni siquiera exista, la galería, es solo algo que la gente se cuenta para asustarse.

Me llamaré la Griffonne.

Consultemos, solo por una vez, el diccionario de la Academia Francesa:

Griffonne, la hembra del grifo. El grifo o *gryphos* es una criatura legendaria presente en varias culturas antiguas. Se lo imagina y representa con el cuerpo de un águila (cabeza, alas y garras) injertado sobre los cuartos traseros de un león (abdomen, patas y cola), y provisto de orejas de caballo.

De hecho, soy una quimera.

Griffe, etimología: siglo XII, en masculino. Derivado de *griffer*, «rasguñar», o bien tomado del fránico *grif*, «acción de agarrar».

Sí, como en los tribunales, **griye* es el embargo. Con mis garras, intento agarrar, garrapateo furiosamente..., pero también puedo rasguñar.

Griffe (antropología, historia): individuo nacido de la unión de una persona negra con otra de origen amerindio.

La *griye* es *ella* también: mi principal protagonista de múltiples nombres, la heroína de esta historia.

No obstante, los numerosos *flashbacks* empezando por el capítulo 0, toda la acción del libro se desarrollará en París Francia, en una sola jornada: *el domingo 12 de mayo de 2019*.

Día excelente para mi heroína: en efecto, entre las once y las veintitrés horas, atenderá a no menos de diecisiete clientes, de los cuales aceptará a catorce. Con literaria nocturnidad podremos deslizarnos en todas las cabezas, todos los cuerpos y todas las personas, gramaticales o no.

Última advertencia (en Quebec lo llaman *traumavertissement*): naturalezas sensibles abstenerse. ¿De acuerdo, listos? ¿Empezamos?

Silicona

La conciencia le vuelve poco a poco.

Todavía acostada con los ojos cerrados, toma aire en sus pulmones y deja que el oxígeno viaje hasta las extremidades, sus veinte dedos de uñas multicolores, las raíces negras de sus cabellos naranjas de rizos apretados, una alegría verdiana en cada célula de su nuevo cuerpo –ella adora a Verdi– finalmente abre los ojos y sus nuevos pechos están ahí, doble montaña sublime de curvas suaves y regulares, ¡es francamente impresionante este médico argentino, el doctor Lofiego! Contentas con su trabajo, se lo habían recomendado varias amigas. Además, no está nada mal, lo que es aún mejor. En este momento, sus manos enguantadas hacen puntos de sutura con movimientos pequeños y rápidos, pero tranquilos, se ve que están acostumbradas, hacen un nudo, cortan el hilo con una hoja ultraafilada, y ya está, terminado, una más: el paciente antes de la anestesia, la paciente al despertar. Una cirugía de rutina para él y para la operada una revolución existencial.

El doctor Lofiego levanta los ojos, la joven enfermera también y sus miradas se cruzan por encima de sus mascarillas, la paciente pesca este intercambio silencioso. La enfermera parece impresionada, debe de ser su primera experiencia de implantes mamarios, le cuesta mirar esto sin tragar saliva, difícil decir si de envidia o terror, los senos de la paciente son como cuatro veces los suyos, verdaderos balones de fútbol, se sonroja y sus hermosos párpados de ámbar escamotean sus ojos verdes.

El médico se quita y tira los guantes, cubre suavemente el pecho con una sábana aséptica, se dirige hacia la puerta.

Rubén/Ruby vive.

Para ella, este día señala menos un renacimiento que una parusía (sin que entienda el sentido preciso, la música de esta palabra siempre le ha gustado). Ya hace siete años que con la ayuda de Alejandro comenzó las investigaciones para su transición... y, aunque su amante se alejó de ella justo cuando empezaba los tratamientos, quiso seguir sus consejos: «Hay que pagar el precio, le había dicho. Hay que hacer esto en una clínica, no clandestinamente».

Sí, porque las clandestinas utilizan silicona industrial en lugar de silicona médica y es el infierno, te inyectan hasta seis litros en cada nalga y se difunde como un aceite por todo el cuerpo, puede colarse hasta el cerebro, los pulmones, la sangre, necrosarte la piel, provocarte inflamaciones, dolores, várices, pigmentación, infecciones, abscesos, una embolia pulmonar. La menor fisura en la prótesis puede causarte linfomas, Ruby ha visto esto varias veces. Para Romina fue terrible, la silicona se quedó atrapada entre el músculo y la piel y los médicos no conseguían quitársela, la operaron, pero la cirugía dejó una herida atroz, a otras amigas se les endureció la piel y se les formó la famosa «cápsula», o se les secaron las mucosas, de modo que ya no tenían ni saliva ni lágrimas, incluso dos o tres contrajeron una poliartritis reumatoide. Pero, a fuerza de tener cientos de cobayas sometidas al bisturí, la medicina ha progresado y favorece a Ruby. Ahora en principio puede contar con diez años tranquilos antes de cambiar los implantes. Claro, nunca se está a salvo de un accidente, pinchazo o golpe, pero bueno, de todas formas, no estamos a salvo de nada, es el buen Dios quien decide, en su infinita sabiduría, y mientras tanto ella está viva y hermosa, «*¡mira, pero mira estos senos sublimes!*» Después de hacer la señal de la cruz, se incorpora cautelosamente de la cama.

Llegadas para celebrar su parusía con ella, las amigas la esperan en la sala de espera de la planta baja. Todas han pasado ya por esto y saben hasta qué punto es importante sentirse apoyada, animada, así que bromean juntas sobre los efectos de las hormonas, se hacen cumplidos sobre las curvas de sus senos y sus caderas, se preguntan sobre sus liposucciones: «¿*Tas contenta entonces?*». «¡*Sí, es genial!*». «¿*Cómo es?*». «*Bueno, aspiran la grasa de las caderas o las nalgas y te la inyectan en los pechos. No deja cicatrices y además es ecológico, ¡ningún riesgo de rechazo, es un regalo de mí para mí!*». O sus depilaciones: «¡*Ay, mi querida, los antiandrógenos son una catástrofe, olvídate de eso! Además de arruinarte la libido, pueden destruirte el hígado. ¡Olvídate, te digo!*».

(En efecto, no hay muchas opciones para eliminar la barba y el bigote, hay que ahorrar y pagarse sesiones de láser y electricidad, los muy peludos requieren entre quince y veinte, a ella le bastaron siete porque sus ancestros eran lampiños. En cambio, la voz le exigió mucho esfuerzo. A las chicas que se convierten en chicos les basta tomar testosterona para hacer que la voz se deslice hacia los graves, pero lo contrario no ocurre, por muchos litros de estrógeno que un chico se inyecte, su voz va a seguir siendo tozudamente baja porque desde la pubertad la ha empujado hacia los bajos para gozar de la autoridad del macho en la sociedad; para procurarse una voz menos monocorde, más cantarina, que viniera ya no del pecho sino de la cabeza, Ruby tuvo que tomar lecciones de ortofonía, acudiendo a su lección cada semana como una niñita juiciosa que estudia piano).

Suavemente se da vuelta, deja colgar sus piernas en el vacío y aprieta los muslos bajo la bata azul claro de la clínica. El gallito todavía está ahí, entre sus muslos, el doctor Lofego no lo ha tocado, esa cirugía no es de su competencia, es bastante más complicada, no se hace de forma ambulatoria, hace falta todo un ejército de especialistas para esculpirle vagina, clítoris y labios a partir de un pene y un escroto, quizás lo hará algún día, pero no hay prisa. Por lo demás, bombardeado de hormonas

femeninas desde hace seis años, el gallito solo se manifiesta cuando ella lo solicita, cuando ve a un chico guapo con quien tiene ganas de jugar, el resto del tiempo se mantiene callado y no molesta a nadie. Solo queda un cambio por cumplir; el del nombre. A lo largo de su transición se ha contentado con feminizar como Ruby su Rubén de nacimiento, pero a partir de hoy tendrá un nuevo nombre. Se ha mantenido firme, ha hecho durar el suspenso, se ha negado a revelarlo a las amigas antes del gran día.

La enfermera la ayuda a deslizar los pies en las pantuflas, luego la acompaña hasta el ascensor tomándola del brazo. No es cómodo: Ruby no solo es una gigante, sino que además cojea. «Es de nacimiento, murmura sonriendo (y la enfermera se sonroja, pues la paciente ha leído sus pensamientos)... o más bien, de justo antes de nacer». Y para llenar el silencio en el ascensor cuenta la historia, por enésima vez, pero sin entrar en demasiados detalles, diciéndose que una enfermera blanca de los barrios elegantes de Bogotá tendría dificultades para imaginar la maternidad del barrio popular de Girardot donde ella nació, si es que se puede llamar maternidad a esa fábrica caótica, ese desbarajuste, esa carnicería gritona: partos en cadena, pocos médicos, enfermeras escasas y desbordadas con los brazos ensangrentados hasta los codos, exhaustas de tanto correr en todas las direcciones. Convocado de urgencia, porque el parto de la pequeña indígena se anunciaba difícil, el obstetra constató que, efectivamente, se trataba de un bebé muy grande, que además se presentaba de nalgas, y que sería complicado maniobrarlo *in utero* para ponerlo cabeza abajo. Temiendo que el niño se quedara atascado allí durante horas, haciéndole perder un importante partido de fútbol en la televisión, el buen doctor manoteó el fórceps, se apoderó del pie izquierdo del bebé y, al retirarlo de la gruta sangrienta con demasiada brusquedad, le torció, por desgracia, definitivamente el tobillo.

De modo que es a pasos pequeños, desiguales y saltarines que llegaba a la planta baja, Ruby avanzaba hacia sus amigas. Reconociendo a su llegada este ritmo sincopado que en

Colombia se llama pata e'cumbia, ellas se dan la vuelta.

Son siete, como los dedos de una mano que padece de poli-dactilia: Andrea, Camila, Gabriela, Verónica, Sara y Angelina. Locas de alegría la aplauden, la felicitan. Emocionada, Ruby contempla esta noria de chicas encantadoras y abigarradas, las gordas y las muy gordas, las cojas y las patizambas, las marcadas y las maquilladas, de cuerpos cien veces puesto sobre el telar. Acostadas a las seis de la mañana, han hecho un esfuerzo sobrehumano para estar allí a las tres. «¡Oh! ¡Hermosa, Ruby!

¡Divina, Rubenita! ¡Maravillosa!», exclaman las amigas admirativas. Y la toman en sus brazos... pero de forma aérea, ellas no olvidan cuán sensibles, con puntos de sutura recién hechos en las axilas, son los nuevos pechos.

Han reservado la sala trasera de la fonda vecina, La Casa de Joko, y es sublime. Decoraron de antemano la sala con flores, han debido de arruinarse, ¿con cuántos tipos se han acostado para comprar estas maravillas coloridas, orquídeas y heliconias, rosas y begonias, flores de azúcar y san Joaquín, geranios y claveles? Además, han encargado cosas para picotear, jugos de frutas, tres lindos jóvenes instrumentistas y una cantante, con la consigna de tocar músicas no demasiado movidas (no es cuestión de sacudir los nuevos senos de su amiga) y... y... también, pero no, no es posible, a Ruby se le cae la mandíbula..., no es posible, han hecho venir de Girardot... ¡a Vivian, su hermana preferida, la más pequeña, de trece años! ¡Vivian en persona, aquí, ahora, ante sus ojos, en sus brazos! De Girardot a Bogotá son varias horas de carretera, eso requiere organización..., ¡y la mamita, con quien Ruby habla sin embargo todos los días, ha sabido guardar el secreto!

Palpitante, sonrojada, la niña viene a apretarse suavemente contra la operada. Poco le importa que su hermano mayor se haya convertido en su hermana mayor, la sigue queriendo

igual, la tiene en un pedestal, la venera –una la menor, la otra la mayor de la fratría, desde ahora una *sorería*: ¡tan solo chicas!–.

Poco a poco los gritos se calman, las manos y las voces caen. Silencio.

Ha llegado el momento del anuncio.

Decana de la compañía con sesenta años, Angelina es la única que se atreve a plantear frontalmente la pregunta. «¿Entonces, ese nuevo nombre?».

Y en un gran arco sonoro, levantando los brazos al cielo –ay, seguro que duele, le tiran de los músculos que el doctor Lofiego acaba de vapulear, al separarlos de las costillas para deslizar los implantes por detrás, pero la operada se preocupa por sus efectos–, separando sus labios carmín para deslumbrar a sus amigas con una sonrisa de estrella, lanza el nombre que llevará de ahora en adelante, y que, ella lo siente, la llevará a ella, la *transportará* a su nueva vida, vocablo elegido en homenaje al país lejano donde prevé instalarse pronto, en una palabra, el más bello nombre del universo: «¡Francia!».